

Pedro Selva

El Misterio de Escribir

Hay un infinitivo^m que merece especial meditación y es escribir. ¡Escribir, publicar! alcanzar gloria, fama y dinero. ¡qué hermoso sueño!—SHADE.



EN la novela—me comunica un joven autor triunfante con su primera obra y que está por los afanes de la segunda—escribo con sumo desorden. Escribo a veces solamente. Ha habido ocasiones en que me he sentado a la máquina con toda la tarde libre, y no me ha salido una frase, un pensamiento, ni siquiera dos sílabas entrelazadas, al extremo que me ha parecido escandaloso que alguien me suponga escritor. Otras veces—[por suerte!—en mitad de la noche me dan vueltas en la cabeza diálogos, frases captadas en conversaciones, gestos de personas, recuerdos de ayer y de hoy que mezclo con fantasías y, antes que se diluyan, prendo la luz y los anoto casi taquigráficamente. Al día siguiente, a la semana o al mes, les doy forma. Y así—. He leído que

muchos escritores tienen horario de trabajo como cualquier oficinista de Correos. Nietzsche decía de Jorge Sand: «Es una vaca que se da cuerda y puede funcionar diez horas diarias». Y Gadwell, cuando estuvo en Santiago, declaró a los periodistas: «Trabajo sistemáticamente de seis de la mañana a dos de la tarde, todos los días, menos sábados y domingos...» ¿Qué tal? ¡Yo no los concibo!»

Yo tampoco.

Sin embargo... Hay en torno al «acto de escribir» más misterios de los que sueña nuestra fantasía.

Sonreía antaño, con menos experiencia, al leer que Wilde, después de su caída—que él se procuró como un efecto escénico—luchaba afanoso por recobrar la inspiración buscando luces propicias, horas y sitios, una mesa colocada aquí, un ramo de flores allá, una ventana con cierta cortinilla. Nada. Algo se había secado en él, algo se le había roto por dentro, una cuerda, un resorte. Seguía andando, viajando, en busca de su yo perdido, sin poderse hallar. Entre mí, pensaba que esas precauciones mínimas, esa importancia atribuída a detalles, constituían simples excusas, eran pretextos para disimularse la esterilidad, la impotencia, acaso la pereza; un impulso interior fuerte habría roto, tenía que romper la cáscara de tales obstáculos, más aparentes que efectivos.

Ahora no pienso así.

¿Quién sabe?

Desconocemos las condiciones que necesita el cere-

bro para funcionar, ignoramos su recóndito mecanismo, su alquimia secreta.

Indudablemente, existe.

Me hizo reflexionar mucho en ella una frase del discurso con que Paul Valéry recibió en la Academia Francesa a Anatole France. (Sin nombrarlo...) Habla de las capillas literarias, evoca los cenáculos de su juventud; no designa por su nombre a Mallarmé, pero pinta la atmósfera de su casa, el célebre comedor en que el maestro de maestros explicaba a sus discípulos, con maravillosa claridad, las razones para ser misterioso. Y refiriéndose a las burlas y los ataques provocados, desde siempre, desde el salón de las ridículas, por la atmósfera cerrada de tales reuniones, hacía su defensa y, con metáfora científica, las comparaba a los laboratorios, donde ciertos productos preciosos necesitan temperaturas elevadísimas y una presión enorme. Los raros productos de la mente, las substancias desconocidas que secretan el pensamiento o que ésta requiere como vehículo ¿no exigirán también, igual que las placas fotográficas, una cámara oscura y ciertos ácidos, ciertas bases? El hecho de que los espíritus evocados por un médium nunca se manifiestan a la plena luz del mediodía no significa, precisamente, que buscan la penumbra para cometer fraudes. Claro, hay fraudes y se aprovechan de la sombra; pero la presencia de los cuerpos metapsíquicos ha sido física e indiscutiblemente comprobada por aparatos.

Las precauciones, las exigencias de Wilde pueden haber obedecido a un instinto profundo.

El poeta Dublé Urrutia dice que, antes de escribir, para ponerse a tono, para afinarse interiormente, lee algunas estrofas de Lucrecio; en seguida, sin dificultad se lanza a escribir a veces cosas enteramente distintas, que ninguna relación visible presentan con «De Natura Rerum». Es una especie de diapasón, un punto de mira. Aquel sacerdote elocuentísimo, aquel varón incomparable por su potencia de palabra, que desde el púlpito estremecía, hacía llorar y también reír, a voluntad a sus oyentes, don Alberto Ugarte (q. e. p. d.) contaba a menudo—porque, como todo buen conversador, se repetía—el caso dramático y nefasto de un apóstata, un fraile renegado, convertido en satánico enemigo de la Iglesia y que, para escribir en contra de lo que había adorado, acostumbraba ponerse su antigua sotana, porque así «pegaba más fuerte».

Cada cual invoca a las musas o evoca al demonio mediante ritos particulares.

Un escritor chileno, recién salido de España, visitó en Madrid o en Lisboa—a Eugenio Montes, más barroco y admirable que nunca, y cuenta que fué llevado por el escritor de la Falange «a sus diversos escritorios»; uno decorado de cierta manera, para componer los artículos literarios, otro, más grave, donde escribe sobre filosofía y problemas trascendentes, un tercero aún, aderezado con alegría, que le inspira comentarios periodísticos, teñidos de leve humorismo...

La verdad, no estoy muy seguro de ser enteramente fidedigno en los detalles; pero tal era el espíritu de la anécdota, a no dudarlo, verídico. Es un lujo que pueden permitirse los polemistas victoriosos. Balzac, también amante de la decoración, aficionado a las antigüedades y a las obras de arte, contentábase, modesta y fantásticamente, escribiendo en las desnudas paredes: aquí un tapiz de los Gobelinos, acá una tela de Rubens, sobre esta puerta un cortinaje de brocato de seda de Lyon... Ingredientes baratos le bastan para crear un mundo. La novelas de Flaubert, en cambio, requerían el silencio de su casita de Croisset, junto al Sena, y una ventana abierta donde caullaba las retumbantes frases de su prosa, no sin espanto a los pescadores nocturnos que bajaban en sus barcos por el río. En ilustraciones de libros de Maupassant acabo de ver el interior de la casa o de una de las casas donde brotaron los trozos más perfectos de la literatura francesa y de cualquiera literatura: parece una fotografía de invernadero como las que ofrecen los cabarets de mal gusto, con acumulación de palmeras y estatuillas; difícilmente se podría imaginar una atmósfera menos adecuada para escribir cualquier cosa. Es que no hay regla fija. Como el oficinista que escandalizaba a mi joven corresponsal, Zola, el padre del naturalismo—o su padrastro—sentábase todos los días a la misma hora a la mesa de escribir y no la abandonaba sin haber llenado cierto número de carillas. Producía así una o dos novelas al año, más un artículo largo, tipo ensayo, para revista

mensual, más otro artículo breve para publicaciones semanales y dos o tres comentarios periodísticos volanderos, lo cual le redondeaba una renta que le permitía tener su casa de campo de Médan y convidar a comer a sus amigos el domingo. Descartes, por el contrario, escribía en cualquier sitio, lloviera o tronara, solo o delante de gente, en medio del bullicio o rodeado de silencio, tal como los personajes más diferentes de él que puedan soñarse: los periodistas, los bohemios melencidos de café y sus cuartillas manchadas de vino sobre el mesón.

No, en verdad, no hay regla fija, joven autor. El espíritu sopla donde quiere. Y como quiere.

He hablado otra vez sobre los escritores y la cárcel. Wilde se agostó en ella, cuua, sin embargo, de la famosa Balada, acaso lo mejor de su obra en el sentido espiritual, y también del «De Profundis», sin el cual no sería él, enteramente, quien es. En la casa de los muertos de Siberia, concibió Dostoiewsky una de sus más potentes alucinaciones y se duda de que alguna vez haya podido tener tan cerca y a mano, bajo la lente, comparable muestrario de psicología. La sujeción forzada, que permite y obliga al examen detenido; el dolor que desnuda las almas y las vuelca; la regularidad misma, uniforme, monótona, haciendo resaltar las abismantes diferencias individuales (entre qué individuos!) todo concurre en las prisiones a estimular el apetito observador y entregarle mansa la prensa. Ahora si de ensueños y fantasías se trata ¿qué otra cosa

hacer en un calabozo sino soñar? Como que de uno brotó, nada menos, Don Quijote. Y ciertamente, en su cuarto centenario, Cervantes habrá de recibir especial homenaje tributado por todos los prisioneros del mundo (1).

En suma, del misterio de escribir puede afirmarse todo.

Igual que del amor.

San Francisco de Las Condes, agosto de 1947.

(1) Habría todo un estudio interesante que hacer sobre los libros inspirados por la prisión o escritos en ella, a semejanza del que perpetúa la fama de Silvio Pellico: en Chile tenemos por de pronto, «El Chileno Consolado en los Presidios», que hace inmortal a Egaña y la novela, desde todo punto de vista excelente, de Eugenio González «Más Afuera»: Otrosí, ¿Podría añadirse aún el «Cautiverio Feliz» de Pineda y Bascuñán, el primer libro literario, hermoso, personal, escrito sobre Chile por un hijo de Chile, es decir, un ilustre antepasado de las bellas letras nacionales y casi, casi del criollismo?